

DIABLO DE PARÍS

Invasión industrial
soluciona el hambre

Con estas amargas palabras, rebosando una ironía cristiana, Pierre Loti la última página de su último libro, «La mort de Phœbe»: «La sumisión de File ha aumentado en setenta y cinco millones el producto anual de las tierras en los alejados. Instigados por este éxito, los ingleses levantarán ébano próximamente seis metros más los diques del Nilo; el santuario de Isis que dará completamente sumergido; la mayor parte de los templos de la Nubia serán también inundados, y la fiebre infestará el país. Pero esto facilitará las plantaciones de algodón, enormemente productivas...»

He aquí un espíritu que se queja. No es el único. Contra el industrialismo moderno, que lo avasalla todo para mejorar las condiciones materiales de la vida, se ha levantado una fuerza de resistencia, se ha producido una honda reacción idealista.

No es de extrañar que esta voz de protesta sea lanzada por el admirable Pierre Loti. Es un exótico, ensordecido de lo viejo y de lo pionero, que ha cantado el salvo-dijo idílico de Tahiti la balla en las páginas de «Rayalin» y que este Japón moderno transformado y triunfante, prefiere aquel Nipón tan original y típico que describiera en «Madame Oryanthem».

Lo mismo ha hecho ahora, quizás de la transformación del antiguo Egipto, inmenso territorio en explotación por el genio mercantil de los británicos.

El sugestivo escritor evoca toda su belleza ideal de ese viejo país de tan rica historia. Está bien: Es el ardiente encendedor de un gran poeta. Pero es muy distinto el sentido práctico, conquistador de nuestros tiempos. Antes que la conservación de esos restos de templos en ruinas, recuerdo de una belleza estéril y muerte, la opinión, con una decisión incómoda y rústica, que esos exquisitos apellos a la belleza prefieren otras obras de irrigación, esa canalización del Nilo asegrado—gran fuerza industrial aprovechable en nuestros días—que hace ser secundos extensos campos, que con cultivos de algodón produce muchos millones.

Los poetas siguen quejándose, acceso en una última elegía. Lamentan el desplome de una poesía que acaba.

Mistral, que tan hermosamente lloró la muerte de «Mireille» sobre la tierra derolada de la salvaje Camarga, asfixiada por el sol; también se ha quejado de cómo se va matando la poesía de los campos, sobre todo en su bello país de la Provenza, que su gran autor nacido ha amado tanto.

«Hoy»—ha escrito—que las máquinas han enriquecido la agricultura, el trabajo de la tierra va perdiendo de día en día su colorido idílico, su noble carácter de arte sagrado. Ahora, llegado el tiempo de las cosechas, verás una especie de arena monocromática, de cangrejos gigantescos apilados «segadores», que egitan sus garras á lo largo de la llanura, que cortan las espigas con cuchillos, que atan las haces con hilos metálicos; luego, la mies segada, otros montones de vapor, una especie de tarascas, que se nombran «trilladoras», llegan y en sus tolvas encierran las gavillas, trituran las espigas, cortan la paja, criban el grano.

Todo esto á la americana, tristemente, sin alegría ni canciones.

Es el progreso, el rastro terriblemente falso, contra el cual es imposible hacer al decir: nace fruto amargo de la ciencia, del albo de la ciencia del bien como del mal.

Sí, es cierto. Pero la queja, en el fondo, es injusta. Habrá muerto en los campos la poesía bucólica, pero en esa renovación del laboreo agrícola ha trinitado la economía social. Se ha simplificado el trabajo, se ha intensificado la acción, al mismo tiempo que ha ahorrado al hombre humano el sacrificio de un brutal esfuerzo.

La pena de vivir se ha hecho menos dura en las granjas, en los campos de mies dorada, en las eras retostadas por el sol.

No es posible oponerse, á nombre de la poesía, en este movimiento de reacción idealista que se traduce en tantas vidas de queja, al avance del industrialismo moderno que, en buen hora, todo lo avanza con un gran impetu conquistador.

Hay en el fondo de estos innovaciones también un fondo de poesía, la poesía de la piedra en favor de los adoradores á la gleba, forzados á la miseria y á un trabajo rude, esclavos y víctimas de la tierra.

Ya es muy triste la queja. Plutarco habló de su muerte de la poesía bucólica. El evocó la leyenda, es aquello que desde la papa de su navío, trece á tierra, frente á las playas de Etilis, gritó un día: «El gran Pan ha muerto».

«Ingeo dice: «Y sonaron sollozos en la cercana costa. Hoy están muertos».

Angel GUERRA.

El fotófono

Acaba de inventarse un aparato que pone en relación el fonógrafo y el cinematógrafo.

La opinión del inventor Mr. L. P. Viquet, es que los fotógrafos van llegando á su ocaso y que el interés por ellos se puede avivar, y hasta darle mayor incremento al combinarlos con un aparato en que se vea y se oiga á la vez. Con este objeto ha inventado un aparato de conexión al fonógrafo que haga la proyección de las imágenes á la vez, y que pueda adaptarse fácilmente á cualquier máquina fotográfica, ya sea de disco ó de cilindro.

Las imágenes se proyectan á través de la trompeta ó cornucopia, la boquilla de la corneta se separa, y en su interior se pone una conexión en t2 (T), al extremo de esta conexión se aplica la corneta y en su dobro queda la cinta que tiene las imágenes cinematográficas; la cinta pasa al extremo de la té, lo que se consigue por medio de un mazurcio y una rueda, lo cual pone en proporcionalmente las proyecciones e interrupciones de luz que se requieren, la cual impide una clara separación por los barres horizontales paralelos.

Se ha de tener en cuenta que se requiere una gasa ó electricidad como luz.

Este doble instrumento así combinado lo llama su autor «fotófono», y su uso ha de ser originario de muy variada y atractiva forma de recreo, obteniéndose domésticamente verdaderas representaciones teatrales.

Lo mismo ha hecho ahora, quizás de la transformación del antiguo Egipto, inmenso territorio en explotación por el genio mercantil de los británicos.

El sugestivo escritor evoca toda su belleza ideal de ese viejo país de tan rica historia. Está bien: Es el ardiente encendedor de un gran poeta.

Pero es muy distinto el sentido práctico, conquistador de nuestros tiempos. Antes que la conservación de esos restos de templos en ruinas, recuerdo de una belleza estéril y muerte, la opinión, con una decisión incómoda y rústica, que esos exquisitos apellos a la belleza prefieren otras obras de irrigación, esa canalización del Nilo asegrado—gran fuerza industrial aprovechable en nuestros días—que hace ser secundos extensos campos, que con cultivos de algodón produce muchos millones.

Los poetas siguen quejándose, acceso en una última elegía. Lamentan el desplome de una poesía que acaba.

Mistral, que tan hermosamente lloró la muerte de «Mireille» sobre la tierra derolada de la salvaje Camarga, asfixiada por el sol; también se ha quejado de cómo se va matando la poesía de los campos, sobre todo en su bello país de la Provenza, que su gran autor nacido ha amado tanto.

El joven teniente Jenaro Rizzarone acataba de encender un cigarrillo. Era un oficial alto, delgado y elegante, con su uniforme de infantería italiana. Sus ojos negros y grandes, bajo los arcos de sus cejas, reverberaban admiración á la rubia Zanetta Stradella, que soltaba silenciosamente, escotada en una hamaca de seda, sobre la terraza de su casa de Mesina, construida en la parte alta de la ciudad, desde donde el horizonte del Mediterráneo, la línea sorda del estrecho y las cumbres de las montañas cubiertas de nieve presentaban una hermosa decoración bajo el parpadeo de las estrellas.

—Por qué, amiga mía, vuestras alegres labios están tan silenciosos? ¿Es que pensáis? Esta vuestra perspicacia lejos de mí?

—Estaba pensando en la música de los merdolines que han tocado hace poco, y en nada más.

—No pienso siquiera en nuestro matrimonio?

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué decís eso, querida mía, puesto que ningún obstáculo se opone á nuestra unión? Nada puede separarnos ahora.

—No, nadie, amigo mío, nadie más que la muerte, si la Virgen dejó de proteger nuestro amor.

—Ella tendrá la venganza de una guerra antigua, con incrustaciones de metal, y empezaré á tocar y cantar siéntate.

—Dile a tu marido que te lo quita.

—No, puesto que es una cosa segura. Al menos, así lo espero.

—Por qué dec

Podría escribirse también un interesante capítulo acerca de los músicos mendigos, de las esquinas de petición, de los mendigos que suben a las casas, etc.

EL MARIDO Y LA MUJER

Por no querer navegar

Drama en Marsella

Marsella.—Ha ocurrido en esta población un trágico suceso, que constituye el tema de todas las conversaciones.

He aquí lo sucedido:

Había casa de un año, un marinero, llamado Enrique Carrere, de veinticinco años de edad, enamorado de una muchacha muy bonita, que servía de doncella en una casa rica.

Dicha joven, María Mondón, aceptó su amor, y ambos, después de casarse instalándose en el sexto piso de un hotel amueblado de la calle de La Paix.

El abandonó las faenas del mar, y para subsanar las necesidades de la casa, colocó de camarerio en un café de los más lujosos de Marsella.

Vivieron felices algunos meses; pero bien pronto, María comenzó a hacer la vida insopportable a su esposo.

Diciéale constantemente que era indigno de él encerrarse en su café para ganar un sueldo pequeño, y que debía volver a su antiguo oficio, donde, gracias a sus conocimientos marítimos y a sus amistades, podría llegar a una situación halagüeña.

El, que desde que se casó aborrecía coartada su alma, los riesgos que el mar hace correr a los navegantes, negaba a acceder a los deseos de su esposa.

Pero viendo que ésta insistía, comenzó a sospechar de ella.

Encontraba muy extraño que quisiera alejarse de sí y vivir sola, y poco a poco los celos se apoderaron de su espíritu.

Ayer por la mañana, a eso de las ocho, decidió tener con ella una explicación categórica.

—Por qué quieras que me embarques—preguntó—¿Es que te estorbo?

—No—contestó María.—Pero siéndome camarero de café no saldremos de pobreza, mientras te arriesgas, primero en barcos de cabotaje y después en vapores, puedes ganar más dinero y asegurar nuestra vejez.

El, que no confiaba gran cosa en sus aptitudes de marinero, creyó que aquellas razones eran un pretexto, y dijola, ebrio de furor:

—Tú lo que quieras es que me vaya a librarte de mi presencia y aprovechar la libertad en que tendría que dejarte.

Semejante acusación puso fuera de sí María Mondón, que insultó a su marido con durísimas palabras.

Y Enrique Carrere, perdida ya la calma, sacó un cuchillo y dió a su esposa una palizada en la espalda.

La hoja perforó el pulmón de la desdichada, causando una hemorragia interna.

La muerte fué inmediata.

Carrere, enloquecido, salió de la casa blandiendo el arma ensangrentada, y viendo a dos guardias de la paz, dirigióse hacia ellos, exclamando:

—¡He matado a mi mujer!

Los guardias creyeron que iba a agredirlos y huyeron velozmente, perseguidos por Carrere, que gritaba:

—Soy un asesino!

Al cabo llegaron otros guardias y entre todos se atrevieron a detener a Carrere, que no opuso la menor resistencia.

Probablemente se hará ésta misma tarde a la mar.

Para Barcelona el vapor correo «Miramar», que debía llegar ayer.

Los hombres de la muerte cierta,

Un teniente japonés, Tadoyoshi Sakurai, publicó no hace mucho unas interestantísimas memorias de la guerra ruso-japonesa.

No hay en ellas especulaciones de alta táctica ni de profunda estrategia. Explica en sus páginas el autor, en sencillo estilo, como obró al frente de sus soldados y qué cosas vió en medio del combate, pintando de mano maestra el estado de alma del principal factor en la guerra: el soldado.

El libro tuvo un éxito immense; en un solo se vendieron más de cuarenta mil ejemplares.

El pueblo japonés metió en esta campaña su entusiasmo extraordinario; siente que hubo reservistas que se suicidaron porque habían sido eximidos por incapacidad física.

La narración siguiente, hecha por Sakurai, de uno de los ataques dados durante el mes de Agosto de 1904, muestra hasta qué punto los soldados japoneses habían hecho el sacrificio anticipado de su vida en aras de la patria.

Habíase señalado al batallón en que sirvió Sakurai, como posición, el poblado chino de Wouchiang, situado un kilómetro al Oeste de Yangchien, Debió encontrarse en su sitio el 24 de Agosto, a la una de la mañana.

Al capitán Kawakami, que mandaba la compañía de Sakurai, renunció a sus tenencias ante de abandonar el vivac y les dijo:

—Adiós para siempre! He resuelto que mi cuerpo quede sobre el campo de batalla. ¡Bebamos juntos la copa de agua de la separación eterna!

Todos los oficiales estaban animados del mismo fervor y todos apuraron silenciosamente sus vasos, pidiendo que las lágrimas.

La compañía se reunió bajo los saucos, á orillas del Yangtsekuon, marchando hacia el reducto de Paulong, donde se sabía que había de efectuarse el ataque. Bajo pronto llegó en orden de guerra Paulong hasta media altura. Por tres veces avanzó la compañía por el único acceso, el lecho pedregoso y un arrío, cubierto ya por los cuerpos de los camaradas que habían autoedictado en el ataque.

Al fin se llegó á las clamorosas que habían protegido Paulong de los ataques de la novena división. Estaban guarnecidas de cuerpos sin vida, eran de los zapadores, que habían intentado valientemente arrancarlas. Más arriba estaba la bandera del regimiento, cuya vista hizo estremecer á Sakurai. Más arriba aún, éste encontró al teniente Yoshida, de la novena división. Estaba sentado sobre el parapeto de Paulong. Sakurai le preguntó qué hacía allí, y él señaló al interior. En confuso monólogo yacían los soldados todos de la compañía, muertos ó heridos, al pie de los cañones enemigos. Solo Yoshida estaba ileso, y no queriendo separarse de sus compañeros, valía aquella carnicería espantosa.

Cuando todo el mundo estuvo rendido, el coronel Aoki pronunció estas expresivas palabras: «El combate de esta noche es una ocasión admirable que nos ofrece de servir á nuestro país; esta noche vamos á huir á Port Arthur en el corazón. Los valientes de la columna de asalto no deben estar sólo dispuestos á morir, sino prontos á una muerte cista. Que cada uno haga lo que pueda».

«Los hombres de la muerte cierta, esta frase es ardeció al regimiento. Este de filo ante la bandera y avanzó dejando Paulong á su espalda. Pronto alcanzó las primeras trincheras enemigas y comenzó el lanzamiento de granadas de mano, que hicieron saltar por el aire sacos de tierra, miembros y cabezas de soldados rusos. Sakurai ordenó: «Décima compañía, adelante! ¡Aprieta las filas».

Todo pasó como un sueño espantoso. La vez del cañón se extiende al lado de Sakurai. Las bayonetas eran, por momentos, menos; bien pronto sólo quedó un puñado de hombres. Sakurai, solo entre cuerpos mutilados, tuvo un momento de desesperación; pero consiguió pronto de no haber muerto á los veinticinco años, repitiendo las palabras de Nelson:

—Gracias al cielo, he cumplido con mi deber.

Desde Valdemosa

La catumba en acción

Vimos, poco días hace, que la propiedad privada se extiende a este pueblo, no establecida libre de las arbitrariedades de nuestras concejales; y hoy vamos á demostrar que la honorabilidad y la honestidad de los que pueden establecer á los directores de la cosa pública corre igual suerte.

Al poseerla D. Juan Lladó de la calumba reclamó notablemente la campaña de difamación que, desde mucho antes, se había emprendido contra quienes anteriormente, habían administrado nuestro municipio. Se instruyeron seis ó siete expedientes resultando de los mismos que faltaba para ingresar en la caja municipal, unas docenas de pesos.

Para el día en que se debía dar cuenta al Ayuntamiento del resultado de los expedientes, preparó una sesión... solemne. Nuestros concejales llenaron el salón de sesiones con sus incondiciones y los que les habían ayudado en su burda obra, y al levantarlas la sesión se promovió un gran escándalo que podría haber tenido fatatas consecuencias. Un ex concejal y su hermano suyo, concejal en ejercicio, insultaron gravemente de palabra y amezazaron á D. Rafael Torres, concejal también, que fué durante muchos años Secretario del Ayuntamiento, y contra la hora del cierre se dirigía principalmente aquél hacia el complot.

«Ahora saldrá á los ladrones», se oía de labios de algún concejal; y muchas otras frases por el estilo. Todo esto a presencia y paciencia del Alcalde, que no solo no hizo nada para imponer silencio y respeto, sino que contemplaba aquel repugnante espectáculo con bestial soberbia.

Se empujó por dirigir el procedimiento contra D. Andrés Montañer, Deputado, y persona hearadísima, de quien ningún hombre de recta conciencia osaría dudar. Mas como no era á quien se quería molestar, muy pronto el Ayuntamiento, atribuyéndose facultades que no tiene, le declaró inservible, y pasó comunicaciones á varios concejales, exigiéndoles que en el término de quince días ingresasen en las arcas municipales las cantidades de que arbitrariamente se les hacía responsables.

Mas tarde el señor Montañer se mostró parte en la tramitación de dichos expedientes, y pidió al Ayuntamiento para impugnarlos, los datos y documentos que creyó del caso.

No se gustaría al Ayuntamiento el rumbo que tomaba la tramitación, cuando, por disposición del Alcalde se procedió á la revisión de los expedientes que dió por resultado que en vez de doce mil pesetas, no eran más que mil cuatrocientas y pico, las que faltaban y que creyó del caso.

Este resultado fué comunicado á la corporación, no en sesión solemne y con asistencia de público, sino á concejales tapados, y, al parecer, con la consigna de callarse como muertos, pues nadie en el pueblo se enteró, ni siquiera se puso en conocimiento de los ex concejales amonestados por el Ayuntamiento con la responsabilidad personal de la resolución de tan especie asunto. Y aun hay más. Parece ser que si bien es verdad que faltaban ingresar en caja 1.400 y pico de pesetas, en cambio el señor Montañer alcanza contra el Ayuntamiento, por pagos hechos, una cantidad hasta mayor que la de 1.400 pesetas. Resulta pues que el Ayuntamiento que es deudor, reclama que se declare que el plazo señalado

para la presentación de su solicitud terminó el 27 de Diciembre último.

Dichas señoras finalizaron su petición en el hecho de haber sido publicado el anuncio de convocatoria el día 28 de Noviembre anterior, expresándose que las solicitudes debían presentarse en la oficina de Secretaría durante el plazo de treinta días á contar desde la publicación del propio anuncio en la «Gaceta de Madrid» y no desde el día siguiente.

Hicieron constar también que se trataba de un plazo arbitrario ó de libre fijación, es decir, que no existe disposición alguna que señale al mismo la duración de treinta días, sino que las Juntas provinciales de Instrucción publican pueden fijarlo con entera libertad, y que, por consiguiente, pudo incluirse en él, como se indicó, el día de la publicación del anuncio, mayormente siendo éste el primero hábil que hubo de transcurrir de la fecha de la publicación.

Hizo ya bastante tiempo que se dio una sentencia por la que se resolvió una cuestión análoga á la que nos ocupa, pero no igual. En ella se trataba de un plazo fijado por un reglamento. Y cuya duración no podía disminuirse, precisamente por tener el carácter de reglamentario. Por tanto, no era posible incluir en él el día de la publicación de la convocatoria, porque los que señalaba el reglamento debían ser días completos.

Esto es la doctrina establecida por dicha resolución; y entendiendo los señores Caldentey y Mora que en tal decisión se establecía implicitamente que cambiaba los plazos de fijación de la fecha de inicio en ellos el día de la publicación del anuncio, á no ser que se señala el siguiente ó otro posterior como punto de partida, formularon en 23 de Enero último la instancia de reposición, la cual fué resuelta favorablemente por la Subsecretaría, y, en su consecuencia, quedaron fuera de concurso los aspirantes que habían presentado sus solicitudes el 28 de Diciembre.

En el proceder de nuestro Ayuntamiento puede haber una supina ignorancia y una tan grande como refinada malicia.

CORTES de vestido su valor 30 ptas. á 7'50 PESETAS.
RICAS LANAS su valor 5 y 6 pesetas á UNA PESETA METRO.
ALFOMBRAS DE LANA DESDE UNA PESETA

Gran BARATURA en todos los artículos
SINDICATO NÚMEROS 31, 33 Y 35

Y ahora á todos esos que, con tanta escrupuliosidad y con un mínimo imprecisione de personas que tengan sólo una noción de dignidad, propagaban aquellas calumnias, les preguntamos: ¿Qué pasó con los ladrones? Y a los que fueron autores de tan graves como falsas acusaciones, sólo se les ha de despreciar. No son dignos de tener trato con personas honradas, y nos resistimos á considerar como tales a quienes para satisfacer concupiscencias de mando, pisotean y destrozan con tal cinismo la hora agena.

En el proceder de nuestro Ayuntamiento puede haber una supina ignorancia y una tan grande como refinada malicia.

T. I.

Nosotros creemos que hay las dos cosas; y más de la segunda que de la primera. No queremos hacer comentarios, que al asunto los merecen muy amargos y muy fuertes.

Diremos si que hombres como nuestros concejales, que atropellan la propiedad ajena, que se sirven del cargo para sacar provecho personal; y que para escalar los puestos que ocupan necesitan recurrir á la calumnia y difamación, no deben estar al frente de una población: con el alcalde al frente debía irse á sus casas, no salir á la calle en mucho tiempo, y llorar las muchas faltas cometidas.

En la Catedral Basílica, parroquia y demás iglesias se hará la bendición del fuego y del agua á la que seguirá el Oficio propiódio del día.

Visita á la Corte de María
A Nuestra Señora de la Salud en San Miguel (Privilegiada).

Para mañana

Quaranta horas
Empiezan en San Jaime dedicadas á la Titular: Exposición y Matinal á las seis; á las diez Tercia y Misa mayor; en la tarde á las cuatro y media los votos de coro, Rosario, meditación, eucaristía y reserva.

Otras funciones

En la Catedral Basílica, á las nueve y media, la procesión de Jesús Resucitado, en seguida Tercia y Misa Pontificia en la que predicará el P. Ramón S. Llás. Terminada la misa el señor Obispo dará la bendición Papal á los fieles.

En Santa Eulalia, á las seis y media, se hará la procesión de Jesús Resucitado y luego se cantará solemnemente el Oficio matinal, y á las nueve y media las cuatro Horas menores y la Misa mayor.

En la Mercè, á las seis y media, oficio solemne con sermón por el R. P. Nicolás Paracuellos.

En la Concepción, á las siete y media misa de Comunión general para las Hijas de María; por la tarde á las seis y media Visita solemne con exposición de S. D. M., plática por el R. P. Valentín Peret, agustino, cáticos y rezava.

Visita á la Corte de María
A Nuestra Señora del Puig, en San Jaime.

SERVICIO DE PLAZA

Servicio de plaza para mañana

Parada.—Los cuerpos de la guardia.

Jesús de día.—El Sr. Comandante del Regimiento Infantería de Palma D. Fernando Crespo Estrada.

Hospital y provisión.—El quinto capitán de artillería.

Vigilancia.—El primer Oficial de Artillería y clase del Regimiento Infantería de Palma.

Paseo de enfermos.—El Regimiento Infantería de Palma.

D. O. de S. E.—El Teniente Coronel Sargento Mayor.—Damian Gáran.

Fábrica de Aguardientes, Anisados y Licores

DE Andrés Bestard Cañellas

S. Maria (Mallorca)

La elaboración de mis aguardientes anisados es tan esmerada y exenta de materias impuras y nocivas, que regulará gustoso, lo que pida, al que le encuentre alguna impureza (tales como Esencias, Secarina, etc. tan en uso). Para asesorarse de la verdad, pruébense.

Los detenidos

En una de las salas del dispensario de las Osses Consistoriales, se tomó declaración á los tres detenidos.

Las declaraciones fueron tomadas por el juez de guardia, ayudado del escribano Sr. Araceli.

Después de las declaraciones, fueron los tres detenidos.

De estos tres, el domingo Valls, hace muy poco tiempo que ha venido de Paris, y los otros dos son camareros del Restaurant Vila.

Según se dice, todos ellos pasaron por la calle de la Boquería, dirigiéndose á la sociedad de camareros La Alianza, en donde éstos celebraban una reunión.

Mientras tanto se ocurría el hecho, había pasado por el sitio donde tuvo lugar la explosión, el agente de vigilancia D. Salvador Roca, no visado, nadie que pudiera despartirle

